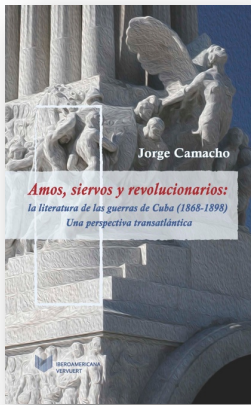


Reseñas bibliográficas



CAMACHO, Jorge (2018). *Amos, siervos y revolucionarios: la literatura de las guerras de Cuba (1868-1898), una perspectiva transatlántica.* Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 318 p.

Las guerras de independencia de Cuba han generado una bibliografía bastante nutrida, especialmente en el campo de la historia social y política. El enfoque elegido por Jorge Camacho (University of South Carolina) llama la atención por su singularidad, ya que son escasos los trabajos dedicados a las producciones escritas y visuales forjadas en el marco los conflictos bélicos entre Cuba y España a finales del siglo XIX. En su obra, Cama-

cho realiza un estudio pormenorizado de los textos (teatrales, literarios y periodísticos) y representaciones pictóricas que produjeron los separatistas cubanos y los conservadores españoles entre 1868 y 1898 —y más allá—. Pese a las premisas *a priori* dicotómicas que conlleva su planteamiento, Jorge Camacho no cae en la trampa de una subjetividad exacerbada. En su interpretación del antagonismo entre criollos y peninsulares, el autor se propone deslindar los intersticios alegóricos a través de los cuales unos y otros se representaron el periodo extremo del que fueron testigos. Al sustentarse en herramientas conceptuales propias del nacionalismo, la biopolítica, el racialismo y el género, Camacho procura dar cuenta del imaginario social, político y cultural en que se desarrollaron los actores de la época. El lector distingue así ideologías e imaginarios dispares —que a menudo se hacen eco— asentados en esferas de enunciación particulares. Y es que, al lado de la guerra contemplada en su alcance de violencia material, tanto los partidarios de la independencia como los defensores del *statu quo* colonial se valieron de armas textuales e iconográficas para defender sus intereses propios.

Nada más empezar la primera guerra de independencia hispano-cubana (1868-1878), el teatro se convirtió en un foro privilegiado de la contienda, no tanto como producción escrita cuanto en su dimensión escénica y pública. En enero de 1869, la representación en el teatro Villanueva de La Habana de *Perro huevero aunque le quemén el hocico*, de Juan Francisco Valerio, desencadenó una sangrienta



represión por parte del Cuerpo de Voluntarios Españoles, integrado por civiles armados partidarios del gobierno colonial. En su análisis en clave simbólica del suceso, Jorge Camacho destaca el trasfondo político que acompañó dicha función. Si a primera vista nada había en la obra que pudiera motivar una lectura patriótica por parte de la asistencia criolla, algunas referencias textuales al siboneyismo — movimiento que pretendía rescatar el pasado aborigen de la isla, como lo veremos más adelante—, sumadas a la interpretación libre de los comediantes y a la vestimenta con atributos separatistas de ciertas mujeres en la audiencia, bastaron para desatar la furia del Cuerpo de Voluntarios y las diatribas de la prensa proespañola. Desde aquel entonces, enfatiza Camacho, las mujeres encarnarían la independencia de Cuba. La presencia de personajes femeninos en las obras teatrales mambisas¹ era un modo de deshacerse simbólicamente del lazo con España. Obviamente, el que las mujeres criollas fuesen mayoría en los matrimonios mixtos entre cubanos y españoles tenía que ver con dicha metáfora. En cualquier caso, este protagonismo de las mujeres tan solo servía de artimaña alegórica bajo la pluma de autores masculinos y blancos cuyo cometido era alentar el patriotismo y demarcar los rasgos de su futura nación.

El género no supuso el único campo de batalla de los dramaturgos favorables a la independencia. Estos, a imagen de una larga tradición de escritores cubanos durante el siglo XIX, invocaron el pasado indígena de la isla con el fin de denunciar los males de la conquista y, por extensión, de la colonización española en Cuba. Mientras que los letrados criollos enaltecían la pureza y la dignidad de una figura como la del cacique taíno Hatuey, los partidarios de España hacían hincapié en la naturaleza salvaje y bárbara de los indígenas. Las creaciones textuales e iconográficas de los artistas favorables a España representaban Cuba con los rasgos de una mujer indígena para subrayar su estado de atraso civilizatorio. Se trataba de dos formas diferentes de concebir la nación, en palabras de Camacho, una “mambisa” y otra “imperial”.

La cuestión de la esclavitud jugó un rol central en la primera guerra de independencia. Los dos bandos opuestos intentaron utilizar a los afrodescendientes con el fin de lograr la independencia o de preservar la isla bajo el yugo español. En la década de 1870, algunas novelas volvieron a recurrir al “tema negro”, a imagen de *El negro Francisco* de Antonio Zambrana. Sin embargo, en el preciso momento en que antiguos amos y esclavos luchaban juntos en la manigua, resultaba difícil calcar la mal llamada literatura “antiesclavista” de los reformistas cubanos durante la década de 1830, cuya principal aspiración era preservar el sistema esclavista. Con tintes circunstanciales, las obras redactadas durante la guerra de los Diez Años, en un contexto de abolicionismo interesado, retrataban una fraternidad racial idealizada entre buenos amos arrepentidos y esclavos fieles.

Los escritores seguidores de la Corona se abstuvieron de dar mucha resonancia a la problemática de la esclavitud en sus obras aparecidas durante la guerra. Por ejemplo, en *Siboneya o Episodios de la guerra de Cuba*, Eusebio Sáenz y Sáenz prefirió prestar atención a los vínculos de sangre entre peninsulares y criollos y a

¹ El término *mambí*, cuya etimología sigue siendo objeto de interpretación, se refiere a los guerrilleros independentistas.

la lealtad que los segundos, infantilizados, debieran a los primeros. La ingratitud de los hijos hacia sus padres simbolizaba la deslealtad de los revolucionarios para con la madre patria.

El final de la guerra de los Diez Años selló un cambio de paradigma en la literatura cubana. El modernismo y el naturalismo suplantaron al romanticismo, que había prevalecido en las narraciones durante el conflicto. En el periodo de entre-guerras (1879-1894), la naturaleza se tornó central tanto en las narrativas proindependistas como en las proespañolas. Como había ocurrido con la representación de lo indígena, la naturaleza cubana alcanzó una dimensión simbólica. Autores como José Martí, nos dice Jorge Camacho, dieron muestra de “topofilia” al enaltecer los paisajes de Cuba y al contemplar la naturaleza como un espejo de su identidad. En el lado opuesto, la “topofobia” de varios autores y soldados españoles, heridos en sus cuerpos y mentes por los combates en la manigua, expresaba el temor y la repugnancia que sentían por la misma naturaleza.

La regeneración política y literaria que caracterizó a Cuba desde 1879 hasta 1894, liderada por algunos de los intelectuales más prestigiosos y carismáticos de la isla, se asentó en una premisa errónea: en palabras de José Martí y Manuel Sanguily, por mencionar algunos de esos pensadores, los esclavos debían sentir y expresar “gratitud” hacia los criollos blancos que les habían liberado en un acto de “generosidad”. A pesar de que dicha afirmación no resiste el más mínimo análisis histórico², la supuesta “deuda” de los afrodescendientes condicionaría su poster-gación en el relato nacional cubano hasta nuestros días.

Durante los años 1880, varios autores conservadores, como Francisco Fontanilles y Quintana, profetizaron un futuro anárquico para Cuba en caso de que la isla consiguiese su independencia. Sus escritos apelaban al recuerdo de la revolución de Saint-Domingue y reavivaban el espectro funesto de una “guerra de razas”. La amenaza según la cual el destino de Cuba fuera el de ser “negra o española”, esgrimida por los liberales españoles desde los años 1830, cobraría un nuevo aliento en el ocaso del siglo. La cuestión racial también formaba parte de las bazas ideológicas de los independentistas cubanos. A contrapié del antagonismo racial propugnado por los defensores del orden colonial, intelectuales como Martí se apoyaron en una retórica de la fraternidad entre las razas en Cuba que implicaba —se daba por supuesto— la participación de los antiguos esclavos en la guerra, único medio de conquistar la independencia. El “sacrificio” de los dueños blancos de esclavos debía desembocar, a su modo de ver, en una nación inclusiva y multiétnica, una “comunidad imaginada” que distaba mucho de reflejar la realidad social de la isla caribeña.

En el último capítulo de su libro, que versa sobre la continuidad del ideario de José Martí, Jorge Camacho supera los límites cronológicos que se había fijado, puesto que se interesa por el periodo que siguió la derrota de España en 1898. Si bien el nuevo orden político dio lugar a celebraciones teleológicas —ya fuesen literarias o arquitectónicas, típicas del patriotismo—, no deja de ser cierto que los primeros años del siglo XX cubano originaron también críticas entre la

² Los exesclavos fueron actores de primer orden en las guerras de independencia y, además, no pidieron permiso a sus amos para rebelarse a lo largo de la historia esclavista de la isla.

intelectualidad criolla. Superada la euforia propia de los primeros momentos independentistas, los letrados cubanos enfatizarían el malestar sociopolítico de la isla. En este contexto, doctores y abogados, por ser profesiones sobresalientes en la sociedad colonial, fueron tachados de antihéroes en las páginas de la incipiente literatura republicana. Se trataba de criticar, como en la obra *Generales y doctores* de Carlos Loveira, la corrupción de las élites de Cuba y las lacras sociales de la isla tras la instauración de la república en 1902.

En el libro, Jorge Camacho basa su análisis en tres conceptos clave: la raza, el género y el espacio. Las narraciones que aparecieron durante y después de las guerras de independencia evidencian dos maneras de concebir el imaginario social, político y cultural de Cuba. Los escritores cubanos y españoles, en su afán por apoyar la independencia o salvaguardar el dominio colonial, recurrieron a símbolos, tradiciones e imágenes que, pese a ser a menudo análogos en términos temáticos, sancionaban representaciones e ideologías políticas opuestas. Las mujeres, los indígenas y los afrodescendientes aparecen como meros protagonistas pasivos bajo la pluma y el cincel de letrados y artistas que sostuvieron modalidades disímiles de figurar Cuba, pero que se juntaron a la hora de plasmar memorias interesadas y alegorías performativas. Al término de las hostilidades, conviene reconocer, con Camacho, que los rasgos etnosociales falsamente incluyentes de dicho imaginario nacional forjado en tiempos de las luchas independentistas tienen reminiscencias en la Cuba posterior a 1959.

Es preciso saludar la edición cuidada del libro de Jorge Camacho, así como la pertinencia y el interés de las ilustraciones. Pese a algunas redundancias y al hecho de que, tal vez, hubiera podido sacar más provecho de determinadas fuentes bibliográficas, no cabe duda de que el autor logra dar cuenta de las tensiones que atravesaron la esfera pública cubana durante las guerras de independencia. Al centrar su análisis en obras muchas veces eludidas por los especialistas, su estudio permite ampliar y matizar la comprensión de las discrepancias entre criollos y peninsulares que caracterizaron las últimas décadas del imperio español en Cuba.

La dedicatoria que encabeza el volumen, en la que Camacho evoca su historia familiar propia (sus bisabuelos fueron una mambisa y un teniente del ejército español), otorga al libro una dimensión personal y demuestra que algunas cicatrices permanecen vivas más de un siglo después de los acontecimientos referidos.

Karim GHORBAL

Université de Tunis El Manar, Túnez